

1). c) Transmitiéndonos las oraciones, como el, de quien dice el texto sagrado: «cuando comenzaste tu plegaria fue dada la oración para hacértela conocer». La Glosa comenta así: «En cuanto Dios pronunció su nombre, vine yo inmediatamente para transmitirte de parte de El, que te mira con predilección».

Propósito de estos tres modos de intervenir los ángeles en la presentación de nuestras oraciones ante Dios dice san Bernardo en su comentario al *Cantar de los Cantares*: «El ángel va y de la amada al amado y del amado a la amada, trayendo peticiones y transmitiendo respuestas, trayendo el amor de la amada y disipando los celos del amado».

En el sexto lugar estamos obligados a honrar a los ángeles porque son nobilísimos soldados del Rey, como así los considera Job en el capítulo 25 del libro cuando se pregunta: «¿Tienen número los ejércitos de Cristo?». Los soldados alistados en los regimientos de la corte prestan su servicio de diferentes maneras: permanecen en la corte al lado del rey, dándole escolta, rindiéndole honores, o haciendo fiestas para entretenerle y divertirlo; otros desempeñan la misión de defender las ciudades y los castillos, otros libran batallas contra los enemigos del año. Algo parecido ocurre con los soldados ejércitos de Cristo; algunos de ellos permanecen constantemente en la corte, es decir, en el empleo, ante el Rey de los reyes, tributándole homenajes, cantando sin cesar himnos de gloria de alegría y diciendo ininterrumpidamente: «Santo, Santo, Santo», etc. «Bendición, claridad, sabiduría», como leemos en el capítulo séptimo del Apocalipsis; otros están al cuidado de las ciudades pequeñas, de las ciudades grandes, de los poblados, de los campamentos; otros hacen guardia ante los grupos humanos, como los formados por las vírgenes, los celibataros, los casados, o veedores de los institutos religiosos conforme a estas palabras del capítulo séptimo de Isaías: «Jerusalén: levántate y lucha contra los demonios, como se dice en el capítulo 12 del Apocalipsis, en el que se dice: «en el cielo una gran batalla en la que los ángeles lucharon contra el dragón»; un co-

mentarista advierte que la palabra *cielo* de este texto, equivale a *Iglesia militante*.

En séptimo y último lugar tenemos el deber de honrar a los espíritus angélicos en agradecimiento a los consuelos que proporcionan a los atribulados. Que los ángeles consuelen a los afligidos es una verdad que no admite la menor duda, puesto que está afirmada en estos pasajes de la Sagrada Escritura: «El ángel hablaba conmigo, me decía palabras amables y con ellas me consolaba» (Zacarías, 1). «No temas, etc.» (Tobías 12). De tres maneras ejercen los ángeles esta piadosa acción de consolar a los atribulados: a) Animándolos y confortándolos, como se ve por el capítulo décimo de Daniel: estaba el profeta asustado cuando he aquí que un ángel se acercó a él y le dijo: «La paz sea contigo: no tengas miedo, idnimo!, ¡sé valiente!» b) Protegiéndolos en sus penalidades; en relación con esto se dice en el salmo 90: «El Señor ha encomendado a sus ángeles que te protejan en tu camino, que te lleven de la mano para que no tropieces en las piedras del suelo, etc.» c) Suavizando y mitigando el dolor de la tribulación; por el libro de Daniel sabemos que eso fue lo que hizo aquel ángel del Señor que entró en el horno en el que hallaban encerrados los tres jóvenes inocentes: anuló el efecto de la llamas mediante una brisa fresca acompañada de rocío que empezó a dejarlos sentir en medio de la hoguera.

Capítulo CXLVI
SAN JERÓNIMO

La palabra Jerónimo resulta de la yuxtaposición de dos vocablos: *Jero*, derivado de *gerar* (santo) y *nimo*, que cede o bien de *nemus* (bosque), en cuyo supuesto Jerónimo es lo mismo que *santo bosque*, o de *noma* (ley); proviene de *noma*, Jerónimo significa *santa ley*. La leyenda de este santo se dice que su nombre quiere decir *santa ley*. *Sanio* es un adjetivo que admite diversas acepciones, puesto que significa firme, limpio, teñido de negro, destinado a usos sagrados, etc.; por eso llamamos a los utensilios que empleamos en el culto divino, ejemplo a los vasos que utilizamos única y exclusivamente en las funciones litúrgicas del templo. Jerónimo fue *santo* en todos estos sentidos; en el de *firmo*, por su perseverante longanidad en la práctica del bien; en el de *limpio*, por la pureza de su alma; en el de *teñido de negro*, por sus meditaciones sobre la Pasión del Señor; en el de *destinado a usos sagrados*, por su dedicación a la exposición e interpretación de las Sagradas Escrituras.

Jerónimo, hijo de un noble caballero llamado Stridón, ciudad situada en las montañas de la frontera de Dalmacia con Paenonia, cuando todavía muy joven marchó a Roma para estudiar griego, latín y hebreo, lenguas que él podemos decir que fue un *santo bosque*, porque en un bosque vivió recoletamente durante cierto tiempo; y que fue *santa ley*, tanto por la disciplina regular a que ajustó su vida y la de sus monjes, cuanto por las interpretaciones y exposiciones que hizo de la Ley sagrada.

Pero el término *Jerónimo*, tomado en su conjunto, significa otras dos cosas más: *contemplador de belleza* y *seleccionador de palabras*. Hay muchas clases de belleza, entre ellas estas cinco: la espiritual, como la del alma; la moral, consistente en la honestidad de las costumbres; la intelectual, innatural a Dios; la supersustancial, identificada con la hermosura; y la celestial, o sea, la que tienen los santos en la bienaventuranza. Pues bien, san Jerónimo en cierta manera poseyó en sí mismo esas cinco clases de belleza, y por tanto fue contemplador de ellas; poseyó y contempló la espiritual, resultante de la variedad de sus virtudes; poseyó y contempló la intelectual, fruto de su exquisita pureza; poseyó y contempló la supersustancial, a través de su ardiente caridad, y poseyó y contempló la celestial mediante su acendrado amor a las realidades trascendentes y eternas. Por último, podemos decir de él que fue *seleccionador de palabras* en cuanto que antes de hablar y de escribir, elegía cuidadosamente los términos que había de emplear para que se ajustaran lo más exactamente posible a los conceptos e ideas que quería transmitir; y en cuanto a que ese mismo procedimiento siguió siempre cuando tuvo que juzgar las expresiones que los demás al escribir o hablar habían utilizado, y cuando trató de ratificar las afirmaciones que estimaba verdaderas, refutar las falsas o aclarar las dudosas.



Jerónimo, hijo de un noble caballero llamado Stridón, ciudad situada en las montañas de la frontera de Dalmacia con Paenonia, cuando todavía muy joven marchó a Roma para estudiar griego, latín y hebreo, lenguas que

Terminados sus estudios de gramática con el profesor Donato y los de retórica con el orador Victoriano, emprendió los de las Sagradas Escrituras con tal asiduidad, que a esta tarea dedicaba la mayor parte de las horas del día y de la noche; y con tanto aprovechamiento, que pronto fue considerado como consumado maestro en la materia. En una carta de las que posteriormente escribió a Eustoquio, cuenta, hablando de sí mismo y de aquel tiempo, que le gustaba mucho leer, que se entregaba ávidamente a ello, que de día leía las obras de Tulio y de noche las de Platón, que cuando comparaba el estilo de estos dos autores con el ramplón del de los libros sagrados sentía una enorme decepción, y que, a propósito de esto, en cierta ocasión le ocurrió lo siguiente: Un año, hacia la mitad de la cuaresma, cayó repentinamente enfermo aquejado de fiebres altísimas e insostenibles, seguidas alternativamente de estados de frío en todo su cuerpo; pero de un frío tan intenso que sólo en el interior del pecho quedábase un leve residuo de calor. Una vez, en una de esas situaciones, sobrevinole una especie de letargo, y durante el mismo vivió imaginariamente esta escena: parecióle que había muerto y que mientras se celebraban sus exequias alguien le llevó ante el juez supremo y que éste le preguntó quién era, y que él, gozosa y confiadamente, le respondió: Soy un cristiano. Entonces —sigue diciendo en su relato—, el juez me dijo en tono de viva réplica: ¡Mientes! Puede que seas un ciceroniano, pero no un cristiano; donde está tu tesoro allí está tu corazón. Como yo no supe qué contestar a esto, el juez mandó que me azotaran severamente. ¡Ten compasión de mí, Señor! ¡Ten compasión!, supliqué yo en tono implorante. Los asistentes al juicio trataron de interceder en mi favor y rogaron al juez: ¡Perdónalo! ¡Ten en cuenta que aún es adolescente! Entonces yo torné a suplicarle y le dije: ¡Señor, no volveré ni a leer ni a utilizar esos libros profanos! ¡Te lo prometo! ¡Si en adelante alguna vez faltara a esta promesa, castígame, como si hubiera renegado de ti! El juez aceptó mi promesa, se aplacó y me perdonó. Poco después recobre la lucidez y quedé sorprendido al comprobar que mi cara estaba arrugada de lágrimas y que en las espaldas tenía las terribles señales de los azotes que había recibido durante mi letargo ante el tribunal de Dios». A partir de este episodio Jerónimo se entregó al estudio de los libros sagrados con mayor ahínco aún que el

- DE LA VORAGINE, Santiago de la leyenda de...
P. 630-635
Mcdnd. Alianza, D.L. 1982

1982

que y de ley, implicadas por su con no menor propiedad; de él fue un *santo bosque*, porque en un amente durante cierto tiempo; y to por la disciplina regular a que us monjes, cuanto por las interpretis que hizo de la Ley sagrada.

Jerónimo, tomado en su conjunto, signás: *contemplador de belleza y selección* muchas clases de belleza, entre ellas el, como la del alma; la moral, conad de las costumbres; la intelectual, supersustancial, identificada con la tial, o sea, la que tienen los santos . Pues bien, san Jerónimo en cierta mismo esas cinco clases de belleza, y plador de ellas; poseyó y contemante de la variedad de sus virtudes; a intelectual, fruto de su exquisita templó la supersustancial, a través , y poseyó y contempló la celestial o amor a las realidades trascendenmo, podemos decir de él que fue s en cuanto que antes de hablar y dadosamente los términos que haue se ajustaran lo más exactamente s e ideas que quería transmitir; y mismo procedimiento siguió sieme e juzgar las expresiones que los ar habfan utilizado, y cuando tranaciones que estimaba verdaderas, ar las dudosas.



llegó a dominar con extraordinaria competencia. Terminados sus estudios de gramática con el profesor Donato y los de retórica con el orador Victoriano, emprendió los de las Sagradas Escrituras con tal asiduidad, que a esta tarea dedicaba la mayor parte de las horas del día y de la noche; y con tanto aprovechamiento, que pronto fue considerado como consumado maestro en la materia. En una carta de las que posteriormente escribió a Eustoquio, cuenta, hablando de sí mismo y de aquel tiempo, que le gustaba mucho leer, que se entregaba ávidamente a ello, que de día leía las obras de Tulio y de noche las de Platón, que cuando comparaba el estilo de estos dos autores con el ramplón del de los libros sagrados sentía una enorme decepción, y que, a propósito de esto, en cierta ocasión le ocurrió lo siguiente: Un año, hacia la mitad de la cuaresma, cayó repentinamente enfermo aquejado de fiebres altísimas e insoportables, seguidas alternativamente de estados de frío en todo su cuerpo; pero de un frío tan intenso que sólo en el interior del pecho quedábale un leve residuo de calor. Una vez, en una de esas situaciones, sobrevínole una especie de letargo, y durante el mismo vivió imaginariamente esta escena: parecióle que había muerto y que mientras se celebraban sus exequias alguien le llevó ante el juez supremo y que éste le preguntó quién era, y que él, gozosa y confiadamente, le respondió: Soy un cristiano. Entonces —sigue diciendo en su relato—, el juez me dijo en tono de viva réplica: ¡Mientes! Puede que seas un ciceroniano, pero no un cristiano; donde está tu tesoro allí está tu corazón. Como yo no supe qué contestar a esto, el juez mandó que me azotaran severamente. ¡Ten compasión de mí, Señor! ¡Ten compasión!, supliqué yo en tono implorante. Los asistentes al juicio trataron de interceder en mi favor y rogaron al juez: ¡Perdónalo! ¡Ten en cuenta que aún es adolescente! Entonces yo torné a suplicarle y le dije: ¡Señor, no volveré ni a leer ni a utilizar esos libros profanos! ¡Te lo prometo! ¡Si en adelante alguna vez faltara a esta promesa, castígame, como si hubiera renegado de ti! El juez aceptó mi promesa, se aplacó y me per-

que había puesto en la lectura de las obras profanas:

Veintinueve años de edad contaba cuando recibió la orden del presbiterado y lo hicieron cardinal de la Iglesia romana. Posteriormente, al morir el papa Liberio, fue pública e insistentemente proclamado como el sujeto más digno y adecuado para suceder en el sumo sacerdocio al pontífice fallecido.

Por este tiempo ocurrió lo siguiente: algunos clérigos y monjes cuya conducta lasciva había reprimido, indignados contra él, decidieron vengarse desacreditándole; una de las cosas que hicieron para ello fue engañarle groseramente valiéndose de unas ropas de mujer. Una noche, mientras dormía, cuenta Juan Belet, sus perversos enemigos le sustrajeron las prendas de vestir que él solía dejar junto a su cama y pusieron en su lugar otras femeninas. Horas después, al oír que tocaban a maitines, Jerónimo se levantó, y a oscuras, como siempre, y de prisa, se vistió para no llegar con retraso a la iglesia; entre la obscuridad y la prisa no se dio cuenta de que la ropa que se estaba poniendo no era la suya, sino otra, y de mujer; y con este atuendo se presentó en el templo. Sus malvados enemigos tramaron semejante insidia para que, al entrar en la iglesia vestido de aquella manera, todos cuantos le vieran creyeran que había estado acostado con una mujer; y que al levantarse de la cama para asistir a maitines, inadvertidamente se había vestido no con sus propias ropas, sino con las de ella. A raíz de este incidente entendió que aquellos individuos movidos por su malicia y apetitos de venganza serían capaces de llevar las cosas a extremos inimaginables; comprendiendo, pues, que lo más prudente sería alejarse de ellos, se marchó de Roma y se trasladó a Constantinopla, en donde a la sazón estaba de obispo san Gregorio Nacianceno. En Constantinopla permaneció algún tiempo prosiguiendo sus estudios de la Biblia bajo la dirección del mencionado san Gregorio, y una vez que hubo aprendido cuanto este notable maestro podía enseñarle, abandonó la ciudad y se retiró al desierto.

De lo mucho que tuvo que padecer por Cristo durante su estancia en el yermo dejó constancia en una de las cartas que escribió a Eustaquio, en la que, entre otras cosas, dice: «Mientras viví en aquella inmensa soledad permanentemente abrasada por los rayos del sol, a pesar de ser un lugar horrible incluso para que los monjes moren en él,

a veces me asaltaba la idea de que me encontrara entre las delicias y comodidades de Roma. Mis miembros se deformaron por su rozamiento; la aspereza del cilicio; mi piel, seca y renegada como la de los etíopes, sin carne que cubrir, se hirió a mi esqueleto; mis lágrimas y gemidos constantes; procuraba espantar el sueño, pero cuando, a pesar de la resistencia que le oponía, vencía y no me quedaba más remedio que recostarme, me tendía en la desnuda tierra y, al recostarme sobre el duro suelo, crujían todos mis huesos. Como estoy convencido de que el agua fría que se da a los enfermos y los alimentos cocidos que les proporcionan pueden encender en ellos la llama, no toco siquiera este punto ni me detengo a comentarlo, porque ya puedes imaginarte cuál sería mi régimen en lo concerniente a comidas y bebidas. Pues bien; a pesar de todo esto y de que no tenía más compañía que la de escorpiones fieros, mi imaginación frecuentemente se me escapaba y forjaba en mi fantasía escenas de bailes con jóvenes hermosas. ¡Qué cosa! Mi cuerpo estaba helado, mi carne prácticamente muerta, y, sin embargo, así y todo, sentía en mis miembros ardiente llama de la concupiscencia. Yo lloraba constantemente y luchaba, y me sometía durante semanas enteras a rigurosos y extenuantes ayunos; pero no había ni días ni noches, pues procuraba permanecer constantemente en vela, golpeando mi pecho o flagelándome sin cesar, hasta que el Señor devolvía la tranquilidad a mi cuerpo y a mi alma. Como me parecía que mi propia celda, testigo de mis malos pensamientos, me acusaba, llegué incluso a sentir horror de ella, y, furiosamente indignado contra mí mismo y para acallar los remordimientos de mi conciencia, salía al exterior y comenzaba a vagar por aquellas imponentes soledades, y a caminar a la ventura por los lugares más intrincados, y te aseguro, poniendo a Dios por testigo de que esto que voy a decirte es cierto, que algunas veces, después de tanto llorar, tenía la impresión de que estaba rodeado de legiones de ángeles que me hacían compañía».

Después de haber permanecido cuatro años en el desierto haciendo tan rigurosamente penitencias, Jerónimo se trasladó al pueblo de Belén, adoptó la resolución de quedarse durante el resto de su vida junto al pesebre del Señor, cual si fuese un animal doméstico; y en Belén, en efecto, quedó, empleando sus jornadas de la mañana a la noche en escribir con suma atención y esmer

chos libros con los que formó su propia biblioteca; en leer los de otros autores; en traducir las sagradas Escrituras; en ayunar; en dirigir espiritualmente a numerosos discípulos que se le unieron deseosos de participar a su lado en tan santo camino de vida; y, por fin, después de haber trabajado muchísimo a lo largo de los cincuenta y cinco y seis meses que moró en Belén, consumó su vida, sin haber perdido la virtud de la virginidad.

El propósito de esto último conviene advertir lo siguiente: en la historia del santo se afirma que permaneció virgen durante toda su vida; pero él, en una carta a Panmaquio, da a entender que no es así, puesto que en ella dice textualmente: «Fiero la virginidad del cielo, ya que no tengo en la tierra».

Al final de su existencia hallábase tan agotado, apenas si podía tenerse en pie, y para levantarse del lecho, cuando la campana llamaba al oficio del monasterio, se agarraba con sus manos a la soga sujeta a una viga y pendiente del techo de su cama.

Una tarde, a eso del obscurecer, estando san Jerónimo y sus monjes sentados en el exterior escuchando la lectura de las Escrituras Sagradas que uno de ellos hacía en voz alta, de pronto, allí cerca, apareció un león que venía cojeando. Los religiosos, al verlo, echaron a correr. Jerónimo, en cambio, al encuentro del animal y, como si se tratara de un huésped, lo recibió amablemente; el león bajó una de sus patas delanteras y la mostró al santo. Éste llamó a los monjes y les dijo que trajeran agua que lavaran la pata de la fiera y que la examinaran cuidadosamente, porque, sin duda, el león tenía alguna lesión en ella. Los monjes, en efecto, al lavar la pata del animal descubrieron que ésta tenía clavada una espina en la planta de aquella extremidad, se la extrajeron, curáronle la herida, y el león, sintiéndose sano, se quedó a vivir en el monasterio, comportándose en todo momento sin mostrar nada de ferocidad y tan mansamente como los demás animales domésticos. Del hecho de que el león una vez curado, no se marchara a la selva, informó Jerónimo que Dios lo había enviado hasta allí no sólo para que lo curaran, sino para que fuera útil al monasterio, y tras cambiar impresiones sobre esto con los monjes, decidió asignarle un oficio: el de cuidar de un asno que la comunidad necesitaba para el acarreo de la leña desde el bosque hasta la puerta de la cocina. A partir de entonces

no fue menester que nadie cuidara del asno cuando lo dejaban suelto para que pastara libremente por el monte, porque esta misión la desempeñó el león tan solícitamente como el más celoso de los pastores: todos los días, a primeras horas de la mañana, sacaba del establo al borriquillo, lo llevaba a los pastizales y se quedaba cerca de él hasta la hora en que el propio león tenía que comer; entonces lo reconducía de nuevo a la cuadra y allí lo dejaba por si era menester que los monjes lo utilizaran para el acarreo de la leña. Un día, mientras el asno pastaba en un lugar solitario, el león, rendido de sueño, se quedó dormido. Poco después pasaron por aquel paraje unos mercaderes con sus recuas de camellos, y al ver al borriquillo sin guardián alguno, decidieron robarlo, lo robaron de hecho y se lo llevaron. Cuando el león despertó y se dio cuenta de la ausencia de su compañero, comenzó a buscarlo dando enormes rugidos; y como no logró hallarlo, regresó al monasterio con visibles señales de tristeza; sin atreverse a entrar, detenido por los sentimientos de vergüenza que sentía, se quedó a la puerta. Los monjes, al ver que el león había venido solo, sin el asno, más tarde que otras veces y que en vez de pasar como solía a la dependencia donde le colocaban su pitanza se quedaba quieto en el exterior, pensaron que, acaso, acuciado por el hambre, hubiese devorado al borriquillo aquella mañana en el campo; y creyendo que así hubiese sido, en vez de servirle la comida acostumbrada, le dijeron: «¡Anda, vuelve al monte y come lo que hayas dejado del pobre animal! ¡Vete de aquí, corre y acaba de llenar tu andorga con los restos del burro!». Algunos de los religiosos, sin embargo, se negaban a admitir que el león hubiese cometido semejante fechoría, y creyendo más bien que el asno se habría extraviado, salieron en su busca, recorrieron todo el monte y la campiña, y como ni hallaron al animal ni sus huesos ni señal alguna de que el león lo hubiese devorado, regresaron al monasterio y comunicaron a san Jerónimo el resultado negativo de sus pesquisas. El santo dijo a los monjes:

—Desde hoy en adelante utilizad al león para el acarreo de la leña; él hará el servicio que antes hacía el desaparecido borriquillo.

A partir pues de aquel día, el león hizo el oficio que hasta entonces había hecho el asno; los monjes lo llevaban al monte y cargaban sobre su lomo la leña que el monasterio precisaba. El león aceptó con paciencia la función que le fue encomendada;

pero algunos días después, tras haber acarreado la ración de leña de la jornada, se escapó al campo, empezó a olisquear por unos sitios y otros, cual si tratara de averiguar qué podría haberle ocurrido a su compañero; y, mientras buscaba afanosamente huellas o rastros, vio de pronto a cierta distancia de donde se encontraba a unos negociantes que venían en dirección contraria por un camino conduciendo una caravana de camellos cargados de mercancías, y vio también y reconoció inmediatamente al borriquillo que caminaba a la zaga de las otras bestias unido por un ramal a la última de la recua, y en cuanto lo vio, dando un tremendo rugido, emprendió hacia él veloz carrera. Los mercaderes, al advertir que una fiera corría hacia ellos, abandonaron animales y mercancías y echaron a correr despavoridos. El león, sin dejar de rugir, se aproximó a los camellos, y dando con su cola fuertes golpes sobre el suelo, los azuzó y obligó a caminar delante de él, y de esta manera, con la carga que cada uno llevaba, los condujo a todos hasta el almacén del monasterio. Los monjes comunicaron a san Jerónimo lo ocurrido. El santo les dijo:

—Hermanos míos carísimos, estos animales son huéspedes nuestros; recibidlos, pues, de la misma manera que a las personas que nos visitan; lavadles los pies y dadles de comer, y entre tanto espere-mos a ver qué es lo que Dios quiere que hagamos con ellos y con las mercancías.

El león, por su parte, con evidentes muestras de alegría, entró en el monasterio y comenzó a recorrerlo con la misma libertad que antes, y cada vez que se encontraba con alguno de los religiosos, tendíase mansamente a sus pies, alzaba la cola y la agitaba cual si tratara de pedir perdón por una falta que en realidad no había cometido.

San Jerónimo, previendo lo que iba a suceder, dijo a unos monjes:

—Hermanos, bajad a la portería, aguardad a unos viajeros que están a punto de llegar, y en cuanto lleguen atendedlos debidamente; proporcionadles todo cuanto necesiten.

Cuando el santo estaba diciendo estas últimas palabras, llegó el portero y dijo:

—Padre, a la puerta del monasterio hay unos huéspedes que desean ver al abad.

Bajó el santo a la portería y en ella encontró a unos hombres que en cuanto lo vieron se postraron a sus pies y le pidieron perdón por lo que habían hecho. San Jerónimo les rogó que les levanta-

ran, les hizo saber muy benignamente que inmediatamente iban a recuperar lo que era suyo, pero les exhortó también a que en lo sucesivo se abstuvieran de tomar lo que no les pertenecía.

Los mercaderes a su vez rogaron al santo que les bendijera y que aceptara la mitad de la carga de aceite que transportaban en los camellos, e hicieron tanto en esto, que el santo accedió y aceptó el obsequio. Antes de despedirse, los mercaderes prometieron a san Jerónimo que, en lo sucesivo todos los años, mientras ellos vivieran, y después de su muerte sus hijos y herederos, enviarían al monasterio el aceite necesario para el gasto de la comunidad.

Dice Juan Belet que antiguamente, en las iglesias, cada cual cantaba lo que le parecía y que para terminar con semejante desorden el emperador Teodosio pidió al papa san Dámaso que encomendara a algún varón docto la composición de un oficio al que todos se atuvieran. Como el papa —prosigue el citado autor— sabía perfectamente que san Jerónimo, además de dominar con extraordinaria competencia las lenguas griega y hebrea, era el hombre más sabio a la sazón en todo género de ciencias, a él fue a quien le encargó la composición del susodicho oficio, y el santo cumplió el encargo distribuyendo la recitación del oficio a lo largo de los días de la semana, y componiendo los diferentes nocturnos de cada jornada. El fue también, según Sigeberto, quien propuso que al final de cada salmo se recitara el «*Gloria Patri*, etc.». Pero hizo más: después de componer el orden que procedía seguirse en la recitación de la salmodia, seleccionó los fragmentos de epístolas y de evangelios que habían de ser cantados en las misas de todos los días del año, y los trozos bíblicos más adecuados para su recitación en el oficio divino tras el canto de los salmos. Terminada su tarea de seleccionar y organizar tanta materia y de componer tantas misas y oficios, envió todo lo hecho desde Belén al papa, y como éste y los cardenales reconocieran que la labor llevada a cabo por san Jerónimo era perfecta, san Dámaso la aprobó y mandó que, a partir de entonces y perpetuamente, en todas las iglesias se recitara el oficio divino y se leyera en las misas las lecturas a tenor de la composición hecha por el santo.

Concluida la tarea a que acabamos de referirnos san Jerónimo mandó preparar su tumba junto a la entrada de la gruta en que fue sepultado el Señor.

cuando contaba 98 años y seis meses falleció, y en la mencionada sepultura fue enterrado.

De la profunda reverencia que hacia este santo tenía san Agustín, dan testimonio algunos pasajes de las cartas que le escribió. Una de estas cartas lleva el siguiente encabezamiento: «Agustín, a su amadísimo señor Jerónimo, a quien profesa sincerísimo afecto de caridad y desea abrazar...» En otro de sus escritos Agustín dice textualmente: «El presbítero Jerónimo, erudito en las lenguas latina, griega y hebrea, vivió en los Santos Lugares hasta una edad muy avanzada entregado al estudio de las Sagradas Escrituras. La doctrina contenida en sus sublimes tratados, cual lámpara luminosísima, ilumina con sus destellos todas las tierras, desde Oriente hasta occidente, como hacen los rayos del sol».

San Próspero, en sus *Crónicas*, escribe: «San Jerónimo, presbítero, gozó de tal celebridad cuando aún vivía en Belén, que su nombre era famoso en el mundo entero. Con su ingenio fuera de serie, y con el fruto de sus trabajos, prestó un inestimable servicio a toda la Iglesia».

El propio san Jerónimo, en un escrito dirigido a un tal Albigense, hablando de sí mismo hizo estas declaraciones: «Desde mi infancia he procurado con todas mis fuerzas evitar la soberbia y el engrandecimiento, porque estas actitudes provocan la aversión de Dios hacia quienes incurrir en ellas... Las cosas que parecen demasiado seguras me producen inevitablemente cierto recelo... En nuestros monasterios tenemos por costumbre recibir lo más afablemente posible a cuantos nos piden hospitalidad; acogemos a nuestros huéspedes con semblante risueño, les lavamos los pies y los atendemos. De esta amable acogida están excluidos únicamente los herejes».

En el libro de las *Etimologías* de Isidoro leemos: «El perfecto dominio que Jerónimo tenía de tres lenguas le permitió ser muy exacto en la captación del sentido de los textos y muy claro en la exposición de los mismos. El cristiano, pues, debe tener a este santo por el intérprete de mayor autoridad y preferir sus opiniones a las de cualquier otro».

Severo, discípulo de san Martín, en uno de sus *Diálogos*, hablando de san Jerónimo, de quien fue contemporáneo, dice lo siguiente: «Jerónimo, además de haber sido hombre de mucha fe y de extraordinarias virtudes, dominó perfectamente no sólo las lenguas latina y griega, sino también la

hebrea. Si a esto añadimos su gran preparación y extensa erudición en todo género de ciencias, llegaremos a la conclusión de que no existe actualmente nadie que pueda equipararse a él. Su vida fue una lucha constante y una perpetua contienda contra los malvados. Odiáronle los herejes porque fustigaba sin cesar sus erróneas doctrinas, y los clérigos licenciosos porque les recriminaba su conducta disoluta y los delitos en que incurrían; en cambio, gozó de la admiración y afecto de las personas buenas. Nadie, si previamente no ha perdido el juicio, puede calificar de herética ni una sola de las proposiciones de este hombre, que vivió plenamente dedicado al estudio, volcado sobre los libros de día y de noche, leyendo o escribiendo continuamente sin permitirse descanso alguno». Esto dijo Severo. Sus palabras constituyen un testimonio de los muchos sinsabores que a san Jerónimo proporcionaron sus perseguidores y detractores. El propio santo alude a estos sufrimientos en algunas de sus cartas, si bien sabemos por una de las dirigidas a Asela que soportaba semejantes tribulaciones con entereza y fortaleza de ánimo. «Doy gracias a Dios» dice en la mencionada carta «porque me ha hallado digno de que el mundo me aborrezca y de que algunas personas anden diciendo por ahí que soy un bicho malo. Todo esto no me preocupa; sé que para llegar al reino hay que soportar tanto la buena reputación como la infamia». Y más adelante añade: «¡Ojalá que por defender el nombre del Señor y la justicia todos los infieles de la tierra se alzaran en tromba contra mí! ¡Ojalá que todas las gentes de este mundo se pusieran de acuerdo y se unieran para llenarme de oprobios! Todo lo aguantaría con tal de sentirme interiormente bendecido por Cristo y confirmado en mi esperanza de que algún día recibiría la recompensa que El nos ha prometido. Cuando hay confianza de conseguir los premios que el Señor nos tiene preparados en el cielo, resulta agradable padecer aquí en la tierra, y hasta se desean las tribulaciones. Las maldiciones que contra nosotros profiere el mundo no deben importarnos nada, puesto que tales maldiciones se truecan en bendiciones divinas».

San Jerónimo murió hacia el año 398 de nuestra era.